



## La filosofía en los inicios del tercer milenio.

### Grupo Eikasia

Alberto Hidalgo Tuñón; Fernando Miguel Pérez Herranz; Silverio Sánchez Corredera; Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina; Pelayo Pérez; Marcos García-Rovés; Román García Fernández.

Ante los retos que en estos inicios del tercer milenio de la era cristiana hemos de afrontar los habitantes del planeta Tierra, ¿qué puede *decir y hacer* la filosofía? Una vez que los hombres han abierto tantas rutas y explorado prácticamente la totalidad del globo terráqueo; que cada uno de sus pueblos, ciudades y aun aldeas parecen estar enlazados con todos los demás a través de redes de comunicación posibilitadas por las tecnologías informáticas; y que, paradójicamente, las sociedades se hacen más repetitivamente diferenciadas y multi-focales, ¿cómo pensar siquiera esa complejidad de innumerables descripciones del mundo interpuestas entre la observación y las teorías que cada cultura, nación y, a veces, cada individuo recaba para sí? La ausencia del Ser, del Uno, del Fundamento ex-puesto como filosofía a martillazos, destrucción de la teología, fin o clausura de la filosofía, muerte del padre griego, demolición de la metafísica, irrupción del inconsciente, relativismo cultural... ¿deja lugar (*topos*) y sitio (*situs*) a algún modo de decir o hacer de la metafísica que hace su doble presencia con el *Ser* de Parménides y el *Logos* de Heráclito y se esconde tras la *Ciencia de la Lógica* de Hegel?

Ciencias, religiones, ideologías ¡y hasta opiniones! entran en una lucha hermenéutica «hasta la muerte» para ser reconocidas como las que mejor interpretan a los Nosotros y a los Ellos, a los pasados no resueltos o a los proyectos futuros, muchos de los cuales no podrán realizarse porque otros los destruirán antes de que siquiera nazcan, o los absorberán o los marginarán. A su modo, cada una de las ciencias —física cuántica, genética, neurobiología...—; cada una de las religiones —islamismos, cristianismos, budismos...—; cada una de las ideologías —liberalismos, socialismos, nacionalismos...— trata de hacerse con el privilegio ontológico de destruir o conservar estos o aquellos entes; con el privilegio gnoseológico de qué textos hay que leer u olvidar; con el privilegio ético político de qué guerras o qué resistencias hay que presentar.

En un mundo tan cruzado, el GRUPO *EIKASÍA*, toma la decisión de filosofar. Pues la filosofía siempre exige una decisión, un corte, una ruptura, un enfrentamiento contra la violencia de los hechos y de las palabras que la justifican. La filosofía es una decisión, cuyo modelo lo fija Sócrates: La decisión de llevar la razón (*logos*) hasta sus últimas consecuencias, arremetiendo contra los sofistas que la ocultan, la enredan y la mezclan.

**Εἰκασία** es una bella palabra utilizada por Platón en uno de los párrafos nucleares de *La República*, para referirse al grado menos elevado de conocimiento:

**καὶ τῷ τελευταίῳ εἰκασίαν**

que puede traducirse por «sombra de imágenes», «imaginación», «percepción de sombras»... Pero *εἰκασία* no es un término absoluto, sino un momento de un proceso que busca la verdad; no una búsqueda *en* sí, ni *para* sí, sino *con* los demás: “Busco junto con vosotros” dice Sócrates en *Gorgias* (506 a). Hoy esa búsqueda no puede limitarse al ágora; Sócrates ha de salir de la polis, de la nación y aun de la cultura occidental, y ha de tener presente las razones del Otro, de los múltiples otros irreductibles a lo Mismo, para buscar junto a ellos. El instrumento más eficaz que sirve hoy de vehículo de comunicación para esta tarea, es hoy la red de redes, **Internet**. En esa búsqueda con los otros a través de las redes, decide unirse el GRUPO *EIKASÍA* sin perder de vista que filosofía y ciencia comparten método, técnicas de razonamiento y, sobre todo, su pasión por las *verdades*. Baruch Spinoza (1632-1677) considera que “sólo en la sabiduría y en el conocimiento de la verdad consiste la felicidad real y la beatitud del hombre” (*Tractatus theologicus-politicus*, cap. III); Bertrand Russell (1872-1970) enseña que “el concepto de «verdad» entendido como dependiente de unos hechos que escapan ampliamente del control humano, ha sido una de las vías por las que, hasta la fecha, la filosofía ha inculcado la necesaria dosis de humildad...” (*Historia de la Filosofía Occidental*); Edmund Husserl (1859-1938) señala que los filósofos “no somos filósofos-literatos, sino que, educados por los genuinos filósofos de la gran tradición, vivimos de la verdad y sólo viviendo así estamos y queremos estar en nuestra verdad propia” (*La crisis de las ciencias europeas*).

Pero en el siglo XXI la *verdad* es múltiple y se dice de muchas maneras. El GRUPO *EIKASÍA* no considera que haya verdades al margen de los significantes exteriores, de las operaciones de quienes la constituyen, de las huellas que abandona a lo largo del camino: la verdad del teorema de Tales, la verdad de las leyes de Newton, la verdad del segundo principio de la termodinámica se cruzan con la verdad de Auschwitz. En la era de *internet* y de los *mass media*, en la que un exceso de producciones nos coloca delante de toda clase de *constructos*, *saberes* y *haceres*, el GRUPO *EIKASÍA* vuelve a comprometerse

en discriminar los verdaderos constructos inteligibles, aunque sean efímeros y contingentes, de las meras apariencias subsumidas bajo lenguajes retóricos.

Abandonado el espejismo de la Verdad Absoluta (falso elitismo de platónicos engreídos y ensimismados en la superioridad cultural de Occidente) hay que reconocer que la ciencia y la filosofía no se refieren de la misma manera a todas las verdades. El mundo categorizado por las ciencias (la física, la biología...) no agota la realidad, porque no todos los procesos reales pueden estar insertos en las ciencias. Hay cosas que no caben en el mundo: para Aristóteles no cabían ni Dios ni la materia prima; para los escolásticos no cabía Dios; para Kant no cabía el *noúmeno*... Y, sin embargo, juegan un papel fundamental ya sea en la vida de los hombres (Dios), ya sea como parte fundamental del pensamiento científico (materia, energía...). El propio Husserl postulaba la necesidad de una ciencia de la despreciada doxa, que considerase el mundo de la vida circundante (*Lebenswelt*) en toda su «despreciada relatividad» y todas las «fluctuaciones» imaginables respecto a su validez.

¿Cuál es entonces el ámbito de las verdades filosóficas? Si tuviera razón el *cientifismo* decimonónico, ninguno, porque lo que no cabe en el ámbito categorial no existe más que en la fantasía o en la inclinación especulativa de los humanos. El propio Kant en el siglo XVIII planteó el reto de que la metafísica debía convertirse en ciencia (*Wissenschaft*) para alcanzar respetabilidad cognoscitiva. La obsesión por la cientificidad tiñe así todos los esfuerzos filosóficos de la época contemporánea, incluidos los de Husserl.

No hay verdades absolutas, cierto. Pero tampoco los teoremas de las ciencias son meros significantes que remiten a otros significantes y así *ad infinitum*. Las verdades científicas dan densidad al conocimiento humano, forman nudos alrededor de los cuales se tejen —y destejen— mallas que forman parte esencial de la vida humana: fortificaciones, transportes, medicinas... (*Mito de Prometeo*). En las verdades científicas se neutralizan las operaciones y allí quedan como sus marcas y huellas por las que nos reconocemos todos como humanos. Pero no hay que suponer ninguna armonía preestablecida —un puzzle científico cuyas piezas van colocando los científicos—, ni en como se encuentran ni en cómo se constituyen las ciencias. Ya en el siglo XIX Emil Du Boy-Reymond (1818-1896) comprendió que la proliferación de las ciencias comportaba cortaduras, desgarros, contradicciones... entre las distintas ciencias (no todas se dejaban reducir al cálculo matemático, a la medida o al peso). Y por esas desgarraduras y contradicciones que dejan las ciencias se mueven los filósofos, y no entre vanas ilusiones trascendentales, ni mucho menos ilusiones trans-cendentes: las Ideas filosóficas son *trans-categoriales*. Las Ideas no

están ni fuera ni dentro de las categorías, sino en sus intersticios, abriéndose paso a través de las categorías, envolviéndolas, sin que por ello tengan necesidad de ser generales. Son justamente las Ideas filosóficas y los sistemas de estas Ideas quienes se articulan en el curso mismo de las perspectivas categoriales y quienes configuran la perspectiva filosófica.

Las verdades filosóficas tiene que ver con el conjunto de verdades científicas, pero también con las verdades del sentido común, aunque de manera negativa: buscando lo que es común en aquello que se nos presenta o se manifiesta como diferente, e indagando lo que es diferente en aquello que se nos presenta o manifiesta como común o genérico. En un texto muy intenso de Immanuel Kant (1724-1804) puede leerse: “La primera ley impide, pues, que nos perdamos en la multitud de géneros originarios distintos y recomienda la homogeneidad. Por el contrario, la segunda restringe de nuevo la tendencia a la uniformidad y nos hace distinguir (...) las diferentes subespecies del mismo. La tercera enlaza las dos anteriores y prescribe la homogeneidad, en medio de la extrema multiplicidad...” (*Crítica de la razón pura*, B 680-688).

Así pues, las verdades filosóficas no llegan a constituir identidades sintéticas como las científicas. Contienen solamente un principio negativo de *symploké*: «No todo está en relación con todo, ni nada con nada». Es un principio de exclusión. Por eso es tan importante en filosofía la clasificación o la tabla de posibilidades. La historia de la filosofía cumple un papel de crítica, mostrando la potencia de unas y otras filosofías y de sus intersecciones. Las verdades filosóficas, a diferencia de las científicas, no cierran campos, sino que atraviesan, como hilos, las urdimbres de esos campos científicos. La filosofía presupone las ciencias —«Nadie entre aquí que no sepa geometría»— como presupone la política de las ciudades —la justicia, la virtud...—, los matices psicológicos —el erotismo, la amistad...— o la variedad artística y religiosa: “La singularidad de Grecia es más bien la de haber *interrumpido* el relato de los orígenes por la declaración laicizada y abstracta, la de haber mermado el prestigio del poema por el matema, la de haber concebido la Ciudad como un poder abierto, disputado, vacante, y la de haber llevado a la escena pública las tormentas de la pasión” (Alain Badiou, *Manifiesto por la filosofía*). Las Ideas filosóficas son como los hilos que conforman un tejido y que, si bien atraviesan e hilvanan las categorías formando una *red*, sin embargo no son capaces ni de cerrar con precisión un campo científico ni de dejar fuera de él con precisión ninguna de las ciencias.

Y eso porque, en el entramado que forjan las ideas que se entrecruzan, no hay una sola y única *symploké*, sino múltiples, en las que disociamos siempre al menos dos planos, dos niveles, dos urdimbres, dependiendo siempre del espesor que vayan tomando las

experiencias subjetivas, objetivas, sociales, históricas y culturales que las van nutriendo. Como quiera que las verdades filosóficas no están clausuradas, su radio es, en principio, infinito; y si la ciencia puede abandonar e ignorar los materiales que necesariamente segrega, la filosofía no. Más aun: se alimenta de esos materiales en tanto en cuanto son materiales que pertenecen a otras filosofías. Por eso la verdad de una filosofía no puede ser puesta, positiva, sino crítica, negación dialéctica de las verdades pretendidas por otros sistemas filosóficos: «Pensar es pensar contra alguien; no podemos entender una proposición filosófica hasta que no sabemos contra quién va dirigida» (Gustavo Bueno, *Ensayos materialistas*). No ha de verse esta confrontación con otros sujetos desde una perspectiva existencial, en el sentido del «choque de las conciencias» o en el de la «comunidad originaria» del *Dasein* de Martin Heidegger como *Mit-Sein*. La verdad de una filosofía no puede medirse en sí misma, sino en su capacidad polémica con otras filosofías: Heráclito contra Parménides; Sócrates contra los sofistas; Platón contra todos; Aristóteles contra Platón, Heidegger contra Husserl, etc...

Uno de los grandes peligros que conlleva la filosofía es su transformación en dogma. La filosofía no puede convertirse en dogma, porque dejaría de ser un trabajo de interconexión entre Ideas, continuamente renovadas: los inventos y descubrimientos científicos; las transformaciones institucionales políticas; los mudanzas en las costumbres sociales; las innovaciones artísticas, musicales, literarias; y quizá también el cambio climático, las migraciones a escala mundial, las guerras química, bacteriológica o nuclear... La jurisdicción de la filosofía se traza y ejecuta en su propia realización: para ella pensar es hacer y hacer es pensar de modo recurrente más que recursivo.

Sin embargo, tampoco puede convertirse la filosofía en un aforismo, un slogan publicitario o en un fragmento. La filosofía fragmentada, la filosofía de aforismos o refranes, más o menos ingeniosos, dichos según el estado socio-político o del momento o de la situación personal, psicológica de quien lo profiere, sirve más que nada para la legitimación de cualquier poder político, pero el filósofo que se preste a ello, no deberá aceptar el calificativo de *psicagogo* y responder de sus acciones. El dominio de las técnicas filosóficas no garantiza el avance de la filosofía.

¿Cuál es entonces la forma de expresión de la filosofía en el siglo XXI? Es necesario encontrar aquellos elementos que vertebran las distintas *symplokés* filosóficas. El criterio para formalizar las *invariantes axiales* alrededor de las cuales se organizan los problemas filosóficos se encuentran expuestas, aun cuando de manera negativa, en lo que

puede llamarse el «problema de Gorgias». El sofista Gorgias (485-380 *ane*) había demostrado que «nada *existe* en absoluto», que «aunque existiera no se podría *pensar*» y que «aunque se pudiera pensar, no se podría *comunicar*».

La historia de la filosofía, desde esta perspectiva, es la historia de cómo salvar el aislamiento de esos tres términos (cosas, pensamientos y palabras), construyendo los sistemas capaces de ponerlos en contacto y establecer las relaciones reales que se dan entre ellos. Gorgias desconectó el Ser del Pensamiento y de la Comunicación y es justamente la labor del filósofo la de restablecer los caminos que ponen en contacto estas tres Ideas. Pero ellas mismas pueden ser tratadas en su autonomía: el estudio del ser u *ontología*; el estudio del saber o *teoría del conocimiento*; el estudio del deber ser o *ético-política*.

La *ontología*, que gira en torno a la realidad dada, positiva; no tanto a la realidad sustancialmente existente, como a los principios más generales de esa realidad y los criterios de clasificación de las entidades o géneros del ser. Tiene que ver con la *independencia* de la realidad respecto de la conciencia.

La *teoría del conocimiento*, *gnoseología* o *epistemología*, que giran en torno al proceso en el que un sujeto interviene en el conocimiento de un objeto.

Y la *ética-política*, que gira en torno a la practicidad, en tanto en cuanto se razonan, se justifican, se obligan, se interesan, se valoran, se aprueban o se reconsideran las acciones propias o las de los demás sobre la naturaleza (producción, explotación...), sobre los otros hombres (en el extremo los sobre-humanos y los infra-humanos) o sobre los númenes (animales, espíritus, dioses...).

Y también habrá que discutir las relaciones, las prioridades, las necesidades de las partes: ¿Hasta qué punto la prioridad de la ontología es inmoral? ¿Arrastra consecuencias epistemológicas la posición ética contra la guerra? ¿Salvará la ética a la ontología?...

Estos esquemas formales de la *symploké* son compartidos por cualquier filosofía, pero ¿cuál es la materia que les da cuerpo? La filosofía trabaja con Ideas, a la manera en que los científicos lo hacen con las categorías. Las Ideas son múltiples y atraviesan las propias las categorías. Los sistemas filosóficos se distinguen por las Ideas nucleares que organizan el resto del material: la Idea de Amor, la Idea de Sustancia, la Idea de Yo, la Idea de Libertad... Muchas ideas filosóficas, quedan a veces incorporadas a otros lenguajes: religioso, político, etc. Husserl lo proclama con rotundidad: “Si el hombre se convierte en

un problema metafísico, en un problema específicamente filosófico, es puesto en cuestión (...) El problema de Dios entraña manifiestamente el problema de la razón absoluta como fuente teleológica de toda razón en el mundo, del sentido del mundo. El problema de la inmortalidad del alma es también, naturalmente, un problema de la razón, como no lo es menos el problema de la libertad”. (Husserl, *La crisis de las ciencias europeas*).

Entenderemos, entonces, por filosofía ese territorio configurado internamente por Platón, mediante el trazo de ciertos *mitos* como delimitadores de la racionalidad filosófica:

- La consideración del hombre racional (*logicos*) como lo más valioso: aquel que imita la actividad del *nous*.
- Los saberes han de ser aprendidos *gradualmente*, como muestra en la «teoría de la línea» del libro VI de la *República*.
- Los saberes no son los de la totalidad, sino obtenidos *in media res*, en el único mundo que conocemos. Son saberes mediados por *filosofemas*. Las Ideas filosóficas atraviesan los saberes, las prácticas y las artes, y estructuran el conocimiento que el hombre se hace del mundo, de su inteligibilidad.
- La filosofía distingue y separa (*oposición, diferencia*) unas realidades de otras.

Ahora bien, las Ideas entran en relaciones de inconmensurabilidad; el ajuste de las Ideas siempre es provisional, pues la materia ontológica, según el materialismo filosófico, es infinita, y continuamente se están abriendo nuevos territorios, nuevas experiencias, etc.

De ahí que haya siempre nuevas *symplokés* en curso, pues ni siquiera el concepto de *sistema* es unívoco. Uno de los descubrimientos más espectaculares del siglo XX, junto a la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, ha sido el de que detrás de sistemas muy sencillos como un simple péndulo se encuentra una complejidad enorme que conduce al Caos. Ni siquiera Henri Poincaré (1854-1912) se atrevía a dibujar aquellas líneas que proyectaban las ecuaciones.

Los sistemas lineales son aquellos cuyos efectos son proporcionales a las causas. Dicho de un modo abrupto son aquellos en los que el todo es el resultado de la suma de sus partes. La linealidad significa, en esencia, que el movimiento ondulatorio, o cualquier otra actividad periódica, se puede tomar en trocitos y reunirlos de nuevo sin producir ninguna distorsión. Muchos son los sistemas lineales y de ahí el gran éxito de la mecánica clásica: campos eléctricos y magnéticos, gravitacionales, tensión de materiales, flujos de calor,

difusión de gases, etc. Y una herramienta matemática se ha convertido en el paradigma mismo de estos sistemas: la Serie de Fourier.

Los sistemas No-lineales, por el contrario, partiendo de condiciones adecuadas, dan lugar a soluciones inesperadas. En un sistema no lineal, el todo es mucho más que la suma de las partes y no se puede reducir o analizar en función de simples unidades que actúan conjuntamente. Sus propiedades son con frecuencia inesperadas, complicadas y de difícil tratamiento matemático. Pero estos sistemas no han sido estudiados hasta hace unas décadas y están aún en fase de formalización. No es una de las menores cuestiones para la filosofía atravesar estas grandes teorías físicas —mecánicas clásica, relativista, cuántica y caótica—, inconmensurables en determinadas áreas de sus campos respectivos.

Pero la materialidad de las Ideas obliga a que las variables de estos sistemas clásicos, relativistas, cuánticos o caóticos se parametricen a una escala adecuada. Una escala que sólo puede ser dada por la racionalidad humana corpórea. Pero la posición del propio cuerpo humano como parámetro finito en el que se encarna la racionalidad abre el debate sobre el **HUMANISMO**, el significado ontológico (y no sólo óntico) del hombre y las consecuencias prácticas (éticas, morales, políticas) de las tomas de posición filosófica.

Desde que Victor Farías (*Heidegger y el nazismo*, 1987) sacase a la luz las relaciones de Heidegger con el nazismo, la controversia acerca de los compromisos «políticos» de los filósofos ha venido a desbordar la mera opción entre derecha e izquierda. La pregunta que lanza Paul Kurtz desde el humanismo racionalista parametrizado por el propio cuerpo reza así: “¿Cómo hemos de interpretar los escritos de un gran filósofo, si no es examinando en parte las consecuencias de su filosofía en la práctica ética y social, dado el hecho de que sus escritos reflejan no simplemente reflexiones ontológicas y epistemológicas sino pronunciamientos éticos generales?” (*Defendiendo la Razón*). Antes de la caída del muro de Berlín, desde la izquierda, en nombre de la *Real Politik* se pisaban los derechos humanos, porque desde la derecha se hacía un uso hipócrita e ideológico de sus mandatos. Ahora, en cambio, desde la racionalidad corpórea de cada sujeto en la historia, la pregunta es: ¿Acaso los derechos humanos no tienen una dimensión ontológica y política, que está movilizand o a las colectividades humanas, cambiando el mundo y las formas de gobernar?

De un sistema dialéctico decimos, en primer lugar, que no es *dogmático*. En los sistemas dialécticos no cabe ningún elemento que pueda considerarse privilegiado, de modo que los elementos del sistema queden subordinados a él, porque en ese mismo momento se



dogmatiza. Si la materia es infinita, si los cambios que produce la historia, las ciencias, las tecnologías, los deseos humanos... en están transformando continuamente la realidad, tampoco en el concepto puede aparecer ningún elemento director: eso transformaría el sistema filosófico en una ideología. Ni la democracia, ni el socialismo, ni el mercantilismo pueden eliminar la necesidad de la filosofía como crítica. Es necesaria la labor continuada de eliminación de las representaciones inadecuadas del yo. Por eso, la filosofía se ha de cuidar mucho de la elección de una tesis frente a sus opuestas, aunque sea resultado de una síntesis previa. Las antinomias no se resuelven por la vía de la identificación con una de las tesis y con el rechazo de la otra, de la defensa de los dogmas contra las herejías.

Ahora bien, la crítica filosófica no nace en el cuerpo en el que se parametriza, ni se reduce a la materialidad corpórea. El campo sustantivo de la filosofía son las Ideas sobre las que trabaja la racionalidad corpórea en su dimensión crítica, puliéndolas y utilizándolas como criterios objetivos materiales para determinar la conexión entre éstas y las verdades categoriales que, en cada época, nos son conocidas. La conexión entre categorías e Ideas es, así pues, la tarea fundamental de la filosofía. Esta conexión cobra siempre un aspecto circular, recurrente, según el método filosófico que inaugura Platón (*La República*, 532a): un *ascenso / synagogué / regressus* de partida apoyado en las categorías que hayan cristalizado en cada época histórica hasta alcanzar las Ideas que las atraviesan y las vinculan; pero será en el *descenso / diairesis / progressus*, una vez depuradas las categorías, cuando las Ideas nos servirán como cánones de medición crítica de las propias categorías.

Así pues, la filosofía es, por definición, crítica, porque siempre está abierta a los cambios categoriales científicos, pero también a las transformaciones políticas, a las innovaciones artísticas o a las alternativas económicas. La filosofía académica tiene como tarea profesional la explotación de las distintas *symplokés de Ideas* que han ido decantándose en el proceso histórico mismo de la *producción*, y que han sido arrojadas como precipitado histórico en el curso mismo de este proceso. Pero estas ideas no son eternas, ni siquiera inmortales. Algunas se han desintegrado ya, pero su desintegración ha determinado la constitución de las Ideas presentes.

Por ejemplo, la Idea de Tiempo ya no puede limitarse a ser definida como “la medida del movimiento según el antes y el después”, de acuerdo con la célebre definición de Aristóteles. Hace falta considerar su realización empírica en los tiempos verbales que proporciona la Gramática, su solidificación tecnológica en los relojes (más que en la

clepsidra), la perspectiva cosmológica que las radiaciones cósmicas de fondo ofrecen, la termodinámica de los procesos irreversibles, el nuevo concepto de relojes biológicos, etc. ¿Qué idea de tiempo subyace, en la actualidad, a este conjunto de usos categoriales? Husserl quedó varado en el flujo heraclíteo al descubrir la doble intencionalidad de la retención y la constitución del flujo de la conciencia y regresó al suelo firme de los contenidos inmanentes constituidos para hacer su recuento, pero se extravió por los vericuetos cartesianos del Ego transcendental. Es preciso retornar al camino que conduce a la materia ontológico general en su pluralidad constitutiva en la *Lebenswelt*...

La Idea de Libertad, a su vez, ya no puede restringirse a la conciencia fenoménica, psicológica, de nuestra capacidad de elección. Hace falta considerar, no ya sólo los problemas teológicos y morales suscitados en la polémica *De Auxiliis*, sino la determinación del inconsciente postulada por el psicoanálisis, las aportaciones de la genética molecular, de la endocrinología o del esquema «ensayo-error» del conductismo, amén de las aportaciones de la Antropología Cultural y de la Sociología que ponen de manifiesto el carácter ritual de muchos comportamientos habitualmente considerados libres.

Lo mismo podría decirse de las Ideas de Estructura, Evolución, Historia, Identidad, Lenguaje, Ciencia, Verdad, Justicia, Inercia, Causa y, en particular, las nuevas «supuestas ideas» tales como la de Globalización, Terrorismo, etc. Las Ideas son como hilos dorados que atraviesan las distintas categorías sectoriales, las cosen y las entretejen, formando una malla de relaciones. Con la Idea de Evolución, por ejemplo, hemos tejido hasta aquí una tipología filosófica del conocimiento. Su valor dependerá de la capacidad que tenga para totalizar el conjunto de actividades cognoscitivas humanas, contribuyendo así a la plasmación de una geometría de las Ideas a la altura de nuestro tiempo que, en modo alguno, deberemos considerar como cancelada de forma definitiva, ya que se encuentra en un proceso continuo.

En tanto que dialéctica, la filosofía, desde sus orígenes, ejerce de un modo privilegiado su reflexión sobre *aporías*, *sofismas* y *contradicciones* fenoménicamente dadas (la inconmensurabilidad de la diagonal del cuadrado, la multiplicidad de religiones monoteístas, la disparidad de los lenguajes nacionales, el fracaso de las políticas de cooperación al desarrollo, la emergencia del fundamentalismo islámico debajo de la unificación soviética bajo la ideología del «hombre nuevo», etc.) en la realidad. La forma canónica del problema filosófico tiene siempre la estructura de una contradicción, que

debe ser cancelada para regresar a las identidades que ocultan; identidades que se dan siempre en el plano esencial de la Ideas.

En ese sentido no puede olvidarse que la filosofía académica es también, desde sus orígenes, una institución histórico cultural, que ha cristalizado en forma de escuelas y ha mantenido su tensión crítico reflexiva en una tradición ininterrumpida desde Platón hasta nosotros. Los filósofos académicos, profesionales, no han inventado sin embargo las Ideas sobre las que trabajan. Como decía Kant, los filósofos se limitan a pulir, dar brillo y correlacionar estas Ideas entre sí, a la manera de los artistas de la razón. Pero los verdaderos legisladores de la razón son todos aquellos hombres que han contribuido con sus trabajos, investigaciones, organizaciones e ideas, a conformar el curso de la historia humana (Newton, Marx, Einstein, Freud, pero también Alejandro Magno, Napoleón, Bismarck o San Agustín). Estos, y otros muchos, son los filósofos mundanos, cuya filosofía difusa está disuelta, de alguna manera, en la conciencia de todos los hombres. En este sentido, puede suscribirse la idea de que todos los hombres son filósofos. Pero, como señala Karl Popper (1902-1998), esta circunstancia no condena la filosofía crítica a la inutilidad: “Todos los hombres y todas las mujeres son filósofos; o, permítasenos decir, si ellos no son conscientes de tener problemas filosóficos, tienen, en cualquier caso, prejuicios filosóficos. La mayor parte de estos prejuicios son teorías que inconscientemente dan por sentadas o que han absorbido de su ambiente intelectual o de su tradición (...) Una justificación de la existencia de la filosofía profesional reside en el hecho de que los hombres necesitan que haya quien examine críticamente estas extendidas e influyentes teorías” (*La lechuza de Minerva*).

Pese a los peligros de totalización metafísica contra la que nos hemos prevenido más atrás, resta, sin embargo, la cuestión de cómo se reconstruye del saber humano en cada momento de la historia: ¿Se convierte el filósofo en una especie de *conciencia crítica* y lúcida de la Humanidad, o, como decía Husserl, en el «funcionario de la humanidad»? Se trataría, en cualquier caso, de un funcionario nada complaciente, puesto que al tiempo que refleja el desarrollo cultural de cada época, debería ejercer sobre ella una crítica implacable, cuyo último objetivo es la consecución práctica de “una sociedad más justa y más feliz” (Platón).

Este componente práctico (*eupraxico*, como lo llama Paul Kurtz) de la filosofía instaura en su mismo seno una dualidad estructural, que ya la oposición clásica entre *scientia* (conocimiento teórico) y *sapientia* (prudencia práctica, moral y política) refleja.

La historia de la filosofía ofrece el desolador espectáculo de una gran disparidad de

**τὸν ἀπὸν τῆς διαφωνίας τῶν δοξῶν**

opiniones — $\exists \in \langle \square B \in \langle \exists \pm H * 4 \forall NT \langle : \forall H \exists^{TM} \langle * \ni \rangle^{TM} \langle$ , según el tropo de Agripa— aparentemente contrapuestas y enfrentadas, al escorar las distintas escuelas hacia uno de estos dos extremos. Para unos, la filosofía aparecerá como una suerte de saber de salvación, como una praxis revolucionaria o como un compromiso existencial con el destino del hombre. Para otros, tomará el aspecto de una ciencia rigurosa y estricta, de una contemplación mística del Uno o bien de una suerte de psicoanálisis catártico que elimina los falsos problemas y nos libra de los calambres mentales, que siempre llega a producir nuestro lenguaje. Desde nuestra perspectiva dialéctica, abierta, constructiva, ambos aspectos de la actividad filosófica son polos alrededor de los cuales es necesario oscilar.

Finalmente, conviene subrayar, una vez más, en la época de la ciencia, cuando las prácticas más aberrantes y las especulaciones más desaforadas compiten por arrogarse el título de ciencias, que la filosofía no es una ciencia, ni necesita serlo para ejercer sus funciones críticas. No obstante, mantiene una relación íntima y constante con las ciencias desde sus orígenes hasta nuestros días (relación histórica), utiliza el mismo instrumento metodológico, la razón crítica (relación metódica) y recorre el mismo ámbito de la experiencia cognoscitiva humana (relación sistemática).

En ese sentido, la filosofía no se arredra ante el discurso postmoderno de la deslegitimación —Lyotard, Baudrillard, Vattimo...—. Aunque las soluciones filosóficas son legitimadoras, no se reducen a mera ideología, ni tecnocrática ni progresista. Las Ideas filosóficas subtienden y reducen los propios discursos de la postmodernidad. Cuando la reflexión filosófica se ejerce guiada por la noción de *symploké*, no se limita a acumular categorizaciones heterogéneas, cuya única coherencia reside en la sintaxis. El discurso deslegitimador postmoderno legaliza el caos, donde todo se mezcla y se confunde. La consigna feyerabendiana de que *anything goes* no es compatible con la racionalidad crítica.

**Frente al nihilismo y la inanidad; frente a la esterilidad de los múltiples egoísmos; frente a las miserias y violencias de todo género y condición, así como frente a tanta superchería ideológica... nosotros optamos por la fertilidad de la razón, por su inacabada tarea, por cuanto ha hecho y aún tiene que hacer.**

<http://manifiesto-eikasia.blogspot.com/>